

LOS FUNERALES DE JUÁREZ

Manuel ROMERO DE TERREROS

DE DON EUGENIO BARREIRO, autor de la carta que aquí se reproduce, solamente sabemos que fue persona prominente en México en la segunda mitad del siglo XIX, y que ocupó, entre otros puestos, el de regidor del Ayuntamiento de esta capital.

Cultivaba el señor Barreiro estrecha amistad con don Manuel Romero de Terreros, quien en ocasiones le confió asuntos delicados, como el de don Fernando y doña Loreto Gutiérrez de Estrada, a quienes se hace referencia en la misiva. Eran estos señores hijos del célebre político imperialista don José María y de su primera esposa doña Loreto Gómez de la Cortina, hija del Conde de la Cortina y pariente lejana del señor Romero de Terreros. Vivían en París, en donde don Fernando servía a veces de secretario particular de don Manuel, quien, como es sabido, se había ausentado de su patria, no tanto por el establecimiento del Imperio con el que no estaba de acuerdo, cuanto por no ver el suelo de México hollado por el ejército francés.

Don Manuel Romero de Terreros se interesó por los señores Gutiérrez de Estrada y Gómez de la Cortina, al grado de buscar en México persona apta que cuidara de los bienes que aún les correspondían en el país, por herencia de su madre doña Loreto Gómez de la Cortina; y desde luego la halló en don Eugenio Barreiro, quien se ocupó de tal encargo, según consta en la carta que ahora se transcribe. No sabemos quién sería "aquel señor a quien tanto conocía" don Manuel.

Aunque el señor Romero de Terreros regresó a México en el año de 1870, algún tiempo después, por motivos de salud, decidió volver a Europa. Por cierto que, a punto de embarcarse en Veracruz, recibió una carta de don Benito Juárez, que éste le enviaba "por extraordinario", autógrafa toda ella, inclusive el sobre, y que decía así:

Méjico, abril 14 de 1872.
 Sr. Manl. R. de Terreros,
 Veracruz.

Ya que no me fue posible ver a V. antes de su salida de esta capital, le pongo esta carta con el objeto de saludarlo y manifestarle mi deseo de que tenga V. un viaje feliz.

Que Dios proteja a V. en todo, y qe. cuanto antes tengamos sus amigos el gusto de verlo de regreso entre nosotros, pa. darle un abrazo.

Si en alguna cosa me creyere V. útil, espero me lo indique, en el concepto de que lo serviré con muy buena voluntad, pues sabe V. que lo aprecia su amigo afmo. y seguro servidor q. b. s. m.

Benito Juárez [rúbrica].

Las personas que menciona Barreiro en su carta eran de sobra conocidas en todo México, entre ellas don Manuel Dublán, yerno de Juárez, quien a la muerte de éste depositó confidencialmente en el Monte de Piedad algunas alhajas y objetos de valor que pertenecieron a don Benito; allí se conservaron intactas por más de setenta años, y hoy se exhiben en el Museo Nacional de Historia, en Chapultepec.

El otro "doliente principal" es don José Maza, hermano de la esposa de Juárez y progenitor de una distinguida familia de nuestra sociedad.

La carta de Barreiro dice así:

«Calle del Arco de S. Agustín N^o 7.

»México, julio 31 de 1872.

»Sr. D. Manuel Terreros,

»París.

»Muy Sr. mío y amigo a quien quiero con toda sinceridad:

»Ya comprendo que estará V. enojadillo conmigo porque no le he escrito, pero también entiendo que no lo ha de atribuir a falta de cariño, porque V. sabe bien todo lo que lo quiero; mi falta ha consistido en que quise dirigirle mis recuerdos al mismo tiempo que escribiera a los Sres. D. Fernando y D^a Loreto, y esto hasta hoy lo he podido verificar porque no puede tener una idea del trabajo que me ha costado obtener la cuenta de aquel Sr. que V. conoce tanto. Probablemente D. Fernando le mostrará a V. mi carta, y con ella la cuenta

que le adjunto, y en su vista se formará un juicio cabal de este negocio.

»Pasemos a la política.

»El 18 del corriente, a las 11½ de la noche, falleció D. Benito casi repentinamente de una nevrosis del gran simpático, e inmediatamente y casi sobre el lecho del cadáver fue llamado Lerdo para encargarse del mando interino de la administración pública, como lo previene en este caso la ley. México recibió esta pérdida con notable sensación de disgusto, porque en los primeros momentos se suponía que la anarquía y el desorden eran el legado inmediato de Juárez; pero por fortuna no ha sido así. Don Sebastián Lerdo, hecho cargo de la administración pública, ha sellado su primer acto dando la más amplia y generosa amnistía; así es que ya tiene V. en esta capital a Cosío Pontones, Aureliano Rivera, Chavarría y otros, y espero que muy pronto se presentará el *honrado* Sotero Lozano. Lerdo aún no ha nombrado su ministerio, pero se dice que formarán parte de él el general Mejía, D. Manuel Ruiz, Yglesias y no sé quiénes más. Esto lo consigno únicamente como un rumor, porque no tengo motivo fundado para saber lo positivo. Las condiciones con que Lerdo entra al gobierno no pueden ser más bentajosas; la revolución casi sofocada, pues como V. sabe sólo quedaban bandas, no de partidarios políticos, sino de bandidos; desaparecido el pretexto de la revolución, supuesto que él era el falceamiento del voto público; un Congreso sin oposición alguna, sin compromisos personales con nadie, porque debe su elevación a la providencia y no a sus amigos políticos, y con una aceptación general en el país por el desprestigio que ha recaído sobre Porfirio Díaz. Conque ya V. ve que la cosa no puede ser mejor para Lerdo, y que si en esta vez no conquista la paz pública y el respeto a la ley, podemos declararnos de todo punto ingobernables. La Diputación permanente expidió ya la convocatoria para las nuevas elecciones de Presidente de la República, que se verificarán precisamente en el próximo mes de octubre, y es casi seguro, y aun sin el casi, que la elección recaerá en Lerdo.

»Yo no tengo idea de cómo puedan ser unos buenos fune-

rales en Europa, pero a mí me parece que los que se han hecho aquí a Juárez no tendrían motivo de crítica en París. El cadáver, perfectamente embalsamado, estuvo a la expectación pública durante tres días en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional. En este local, tapizado de negro, había en el centro un catafalco de terciopelo, en el cual reposaban los inanimados restos del Sr. Juárez, vestido de la manera sencilla que acostumbraba durante su vida. El martes 23 a las 10 de la mañana se verificó la inhumación, y la comitiva fúnebre iba de esta manera: abría la marcha una escuadra de gastadores perfectamente vestidos y mucho mejor montados; seguían inmediatamente todas las escuelas municipales del Distrito y los niños de los colegios privados; después, más de 800 artesanos de todas las industrias del país; seguían los empleados del gobierno general, de riguroso luto; los militares francos de la guarnición, y este cortejo, que puede llamarse de banguardia, fue presidido por el Ayuntamiento; a éste seguía un elegantísimo carro fúnebre tirado por seis hermosos caballos tordillos con sus correspondientes palafreneros, y a continuación el coche del gobierno, tapizado de negro en la forma más elegante que V. pueda imaginarse y tirado por cuatro briosísimos caballos; inmediatamente después los individuos que pertenecen a los ritos masones escocés y mexicano, de riguroso luto, con guantes blancos y una rosa roja en el ojal izquierdo de la casaca; seguían todos los amigos del finado, que lo eran los comerciantes extranjeros, mexicanos y multitud de otras personas, cerrando este cortejo fúnebre los ministros extranjeros, Lerdo con los suyos, llevando a su derecha e izquierda a Pepe Maza y Manuel Dublán, que eran los dolientes principales; después seguían los cuerpos de la guarnición con el luto que previene la ordenanza, tocando las músicas marchas fúnebres, algunas compuestas especialmente para esta seremonia; seguía después el carruaje particular del Sr. Juárez, también de luto, el de Lerdo en la misma forma, y más de cien carruajes de los mejores trenes de México cerraban la marcha. La carrera que se llevó fue: frente del Palacio, Portal de las Flores y la Diputación, Portal de Mercaderes, calles de Plateros y S. Francº, calles de Sta. Ysabel y

Mariscalá hasta S. Fernando. Debo decirle que de la manera más espontánea todos los vecinos de la carrera que he indicado colgaron de negro sus balcones y ventanas, de manera que el aspecto que presentaban esas calles era verdaderamente sorprendente y encantador. Nada hay de exagerado, lea V. los periódicos y se convencerá de la verdad que digo. Vna vez en S. Fernando la comitiva, apareció un nuevo catafalco erigido provisionalmente por el Ayuntamiento, verdaderamente bonito y elegante; en él se colocó el cadáver, que está encerrado en una caja de madera macisa de rosa perfectamente tallada. Había una tribuna para los oradores, ocupando el primer lugar D. José María Yglesias, nombrado por el gobierno; después el Lic. Silva, por el Congreso general; a continuación Chavero, por el Ayuntamiento; Gordillo, por los masones mexicanos, y no sé cuántos más. La seremonia concluyó a las 2 de la tarde, pudiendo asegurarle que a estas exequias, de distintas maneras han concurrido los 250,000 habitantes que tiene el Distrito. Yo he sentido profundamente a Juárez, y soy de los que creo que no tiene remplazo; ya V. conoce mi juarismo. Estará V. verdaderamente cansado de mi charla; aquí doy punto, suplicándole me conteste diciéndome cómo sigue de sus males y cuándo regresará, pues lo extraño mucho.

»Sin nueva indicación, sabe que soy su amigo que sinceramente lo quiere y b. s. m. [*firmado*] Eug. Barreiro.»